

 OTRAS
POSIBILIDADES

RETORNADOS

**JULIO
ROJAS**

CREADOR DEL PODCAST CASO 63

 hachette
Literatura

“Es un mundo y tenemos aquí una segunda oportunidad. Nadie nos dijo por qué. Pero tampoco nadie nos dijo por qué estábamos en la Tierra”.

Crónicas marcianas. Ray Bradbury

“¿Qué tiene de especial ese punto rojo que nos llama?

Es nuestro hogar, ¿no lo recuerdas?”

A. Forbes

Se prohíbe la reproducción y difusión de este PDF. La siguiente información debe ser eliminada de su computadora inmediatamente. Puede haber persecuciones legales por interferir en una investigación judicial en curso. Mars Prima tomará acciones contra la violación de los NDA. Todos los documentos y grabaciones obtenidos durante la liberación masiva de material clasificado sobre el evento de la colonia marciana (Marteleaks) están bajo embargo.

PRIMERA PARTE

Ángeles

“Algo está pasando en Marte”.

Como sucede con las grandes noticias, éstas comenzaron invisibles, cautelosas, casi a nivel de rumor. Primero en algunos portales, algunos *youtubers* y canales de conspiración advirtiéndolo de un manto de silencio en relación con la colonia. Después, el rumor de que algo malo había pasado en Marte se esparció en todas las redes sociales. Luego la confusión. Detalles. El horror. Tragedia en Mars 3. ¿Todos están muertos? ¿Es la peor noticia en la historia de la carrera espacial? Luego las noticias invadiéndolo todo. Programas especiales, informativos matutinos, especialistas con sus esquemas y recreaciones, testimoniales, familiares, y el silencio de Mars Prima, hasta la confirmación. Meses y meses de especulaciones. Hasta el olvido. Todo se olvida en un mundo de falsas importancias y de constantes recambios, todo es desplazado por otra urgencia, sepultada por capas y capas de información nueva y opiniones que nadie retiene.

Se supone que debo poner en contexto las grabaciones que incluiré en el reporte, y que debo agregar las circunstancias en que fueron grabadas. He advertido que no soy alguien que escriba, y menos que pueda dar un sentido literario a la información, pero me aclaran que un periodista tomará este material y le dará forma. Eso me alivia. También me dicen que mencione mi implicación y mi nombre. Aquí voy. Mi nombre es Román Celis, uno de los terapeutas de contención de los retornados. Sí. Soy uno de los ocho. Sobre el contexto previo tengo poco que decir. Recuerdo que era un miércoles cuando supe que habían regresado. Lo sé porque los miércoles me quedo hasta tarde en el consultorio y aprovecho para leer, y esa tarde, la tarde del retorno, seguí la noticia desde la oficina, en la pantalla de mi computadora sin moverme, hipnotizado con las imágenes de la nave, su aterrizaje y esos 56 minutos históricos en los que no sucedió nada. Son esos momentos que pertenecen más a la historia de la humanidad que a nuestra propia memoria y que son más simbólicos que concretos. Pero aun así recuerdo perfectamente el cohete en medio del desierto, la distorsión del aire caliente sobre el fuselaje, los carros de rescate en la pista, los medios, la gente de la NASA y Mars Prima, los epidemiólogos, todos esperando, con sus trajes de aislación biológica, como si observaran un animal herido, caído del cielo y no supieran qué hacer con él. La misma imagen replicada en todas las cadenas y los medios y las redes sociales con todas las especulaciones posibles. ¿Estaban todos muertos? ¿Era una nave fantasma sólo piloteada remotamente?

Y luego salieron.

Apenas unas figuras desconcertadas, caminando unos pasos con dificultad, recogidas por otros humanos, que los sentaban en unas sillas de ruedas y los conducían a un autobús. Veintitrés de ellos. Veintitrés de ciento treinta y seis. Y la sensación incómoda de que ellos habían experimentado algo que ningún otro ser humano había experimentado en toda su historia. Y que lo que traían, fuera lo que fuera, de alguna manera nos competía. Era algo que nos competía a todos.

“El pasado viernes llegaron a la tierra los sobrevivientes del proyecto MARS3, después de permanecer durante 254 días en Marte...”

“La catástrofe de la estación espacial MARS3, financiada con capitales privados de Prima, de Aaron Forbes...”

“Por su parte, Forbes ha anunciado que insistirá en el proyecto de colonización emprendido... compara la tragedia con las grandes exploraciones humanas del siglo diecinueve, en las que fue necesario persistir... Marte se perfila, sin duda, como el futuro de la humanidad...”

Pensé: Si hay alguien que sabría lo que pasó, lo que pasó realmente, ese alguien sería yo. Eso siempre fue una certeza mucho antes de que sonara mi celular y me dijeran que me habían asignado a tres retornados.

Yo siempre supe que sabría.

Capítulo 1

Número sobrante

Todos, y cuando me refiero a todos hablo tanto de los terapeutas como de los colonos, habían dibujado la espiral. Una espiral con un punto rojo en el centro. A veces era una simple línea circular que se cerraba sobre sí misma. A veces era un elaborado laberinto que se contraía hasta autocolapsar en un planeta rojizo, cruzado con canales. Algunos portaban un tatuaje. Muchos habían olvidado por qué se lo habían hecho. O qué los llevó a dibujarlo en cuadernos y hojas escolares.

La vuelta anticipada de los sobrevivientes había dejado a todos con cientos de preguntas que aún no podían responderse. Primero porque la compañía comenzó una investigación e hizo firmar a los retornados varias cláusulas de confidencialidad para embargar la información del “incidente” como eufemísticamente llamaban a la tragedia, y segundo, porque los mismos retornados hicieron un pacto de silencio y se negaron a hablar de lo ocurrido. Con nadie.

Los retornados habían sido ingresados en una cuarentena estricta y, después de noventa días, ya se había dado la orden de iniciar las entrevistas psicológicas. Ahí entraríamos nosotros como parte de un equipo de terapeutas y ‘apoderados’ que darían contención y apoyo personal a los pioneros del viaje destinado a habitar el planeta rojo. A cada uno de nosotros nos asignaron tres retornados por afinidad de lenguaje y cercanía. Y así comencé a trabajar con ellos, con la sensación algo inquietante de que todo estaba previamente orquestado y que yo debía darle un tono de seriedad a la farsa.

Mars Prima había asignado a cada colono una renta de indemnización vitalicia a cambio de que aceptaran ser monitoreados y entrevistados por un terapeuta. No se requería ser muy suspicaz para comprender que mis asignados —Estela, Foster, Casandra— no me habían elegido a mí por mis competencias, o porque quisieran trabajar sobre su trauma, sino que se sentarían en el sofá sólo para cumplir un requerimiento institucional que les daría estabilidad económica y un buen seguro médico. Sabía que yo, y este teatro de la terapia cada 15 días, era una pieza en los cientos de pequeños engranajes que las corporaciones tejen para beneficiarse siempre, pero ¿quién no lo es? ¿Quién está fuera de ese engranaje? Todos trabajamos, lo queramos o no, para una corporación. Sólo nos diferencian ciertos roles y nombres. Unos son funcionarios, otros son usuarios. A final de cuentas es lo mismo.

Pero no era hora de ponerse a cuestionar las cosas desde esa trinchera. La compañía pagaba bien y eso era parte de mi labor. Trabajaría con ellos, emitiría el informe mensual para Gillian —el enlace— y trataría de no meterme en ningún

hoyo de conejo. “No me están pagando para saber nada”. Fue la primera nota que escribí en mi cuaderno.

Cuatro semanas después, volví a leer esa primera frase y me pareció absurda. Irresponsable. Inmoral.

Reporte número 4. Retornada número 22. Sujeto: Estela Marín.

Estela me mira tocándose los lentes, como si activara un campo de fuerza. ¿Cómo es Estela? ¿Qué animal es Estela? Es un conejo. Un conejo espacial, con lentes. Con lentes y, si fuera navidad, con un suéter con renos. Quiero decir, alguien completamente adorable e inofensivo. O al menos es la imagen que quiere dar.

—Bueno, comencemos. ¿Cómo ha sido tu semana, Estela?

—Tranquila.

Y nada más. Ni un gramo extra fuera de lo solicitado. Sé que con Estela hay que hacer la trayectoria a tientas, recolectando con paciencia palabras, silencios, vacilaciones. Es la quinta sesión con ella y aún no logro penetrar en su reserva.

—¿Han continuado tus pesadillas?

—Cada vez menos. Los nuevos fármacos están funcionando.

—¿Cómo va tu rehabilitación muscular?

—Mejorando también. Ya no me la paso cayendo y no siento que mis piernas pesen una tonelada.

—Genial, Estela, me alegro mucho. Fuera de esa buena noticia, ¿hay algo nuevo?

—No, nada relevante...

El silencio de Estela parece lleno de omisiones.

De pronto, ella se endereza en su asiento. Eso es algo nuevo.

—Bueno... sí hay algo. Me llamó mi nov... mi ex. Ernesto. Desde que volví, yo no había querido... hablar con él. Pero ayer... nos juntamos.

—¿Quieres contarme?

—No fue gran cosa. Salimos. A tomar unas cervezas. Me puso al día de cosas que habían pasado cuando yo... no estaba. Reímos y... por un momento, pensé o sentí que éramos una pareja normal.

Reprimo la clásica pregunta “¿Qué consideras una pareja normal?” y Estela sigue hablando:

—Eso me hizo bien. Sentirme como todos. Ser una chica cualquiera, tomando una cerveza, riendo... Él me fue a dejar después. Como antes.

Otra pausa de silencio.

—¿Algo más?

—Nos besamos. —Estela mira la alfombra—. Él quiso subir. Luego... lo dejé quedarse. Era la primera vez que...

—¿La primera vez que... ?

—Que estaba con alguien... Desde que me fui.

—Entonces... ¿Allá no tuviste ninguna relación de tipo amoroso?

—No... Bueno, sí, con un mexicano... Trabajaba en Geología... Pero no pasó a mayores...

—¿No? ¿Qué tuviste con él?

Silencio cerrado. Ojos inexpresivos. Su mano levantada apenas, deteniendo la incursión a su interior.

—Quizá no quiero hablar de eso.

—Volvamos a Ernesto, tu exnovio. ¿Cómo te sentiste al retomar esa relación interrumpida?

—Él quería volver. Me dijo que intentáramos seguir como estábamos antes. Que podríamos hacer como que nunca me fui. Sin preguntas.

—¿Y qué le dijiste?

—Que necesitaba tiempo. Él me dijo que me esperaría todo lo que fuera necesario.

—¿Y qué piensas sobre eso? —Dejo mi libreta sobre la mesa, como si fuera una clave de “puedes contarme lo que sea”.

—Pienso que no puedo estar con nadie.

—Pero... algún día tendrás que tomar la decisión de seguir con tu vida...

—Necesito estar sola, Román. Que mis acciones no dañen a nadie.

—¿Estás pensando intentar alguna acción que dañe a alguien?

Silencio.

—¿Quieres hablar de eso?

Estela suspira. Una inhalación lenta, cargada.

—Hay dos Estelas en mí, Román. La Estela de antes del viaje... y la que volvió. No logro recordar... a la primera.

—Tal vez lo consigas pensando en la segunda Estela. La que volvió. ¿Qué tiene de diferente?

—Que genera miedo, rechazo. ¿Sabías que tuve que salirme de todas mis redes sociales? Me escribían cosas terribles... Todavía siguen. Gente desconocida que me odia. Cuando entro a un lugar,... cualquier lugar... sé que soy una presencia incómoda. Alguien que no pertenece. ¿Pero sabes algo,

Román? —continúa—. Creo que siempre fue así. Desde pequeña. Yo no encajaba. No hacía nada de lo que se suponía que debía hacer. Prefería quedarme mirando una serie sobre el espacio antes que ir a una fiesta. Cuando trasnochaba, no era porque hubiera salido con amigos. Me instalaba en el patio de mi casa, mirando por un telescopio casero... Por eso me inscribí al programa. Por no encajar. Aunque... supongo que todos los que nos inscribimos... sentíamos eso. ¿Te lo han dicho los otros?

Eludo la pregunta.

—Lo que pasa es que eres una pionera, Estela. Y los pioneros son personas especiales. Rompen su espacio de comodidad y son capaces de lanzarse a lo desconocido. Debes sentirte orgullosa.

Estela me mira. Y luego, súbita, lanza:

—“Se necesitan hombres para viaje peligroso. Salarios bajos, frío extremo, meses de completa oscuridad, peligro constante, dudoso retorno ileso. Honores y reconocimiento en caso de éxito”.

—¿Y eso?

—Fue el mensaje de Shackleton para reclutar a su expedición antártica... Siempre pensé: “¿Quién habría sido tan estúpido como para aceptar?”. Y luego lo comprendí: los números sobrantes. Por eso me resonó tanto el llamado de Mars Prima: dejar todo y partir.

—Es cierto, nunca hemos hablado de eso. Tenías una vida normal, como cualquier joven de tu edad... Y por “normal”

me refiero a todo el paquete: cosas buenas y malas. Eras una alumna destacada en Biología, con un doctorado en Ciencias. No te gustaba alternar con otros. Y un día te encuentras con el anuncio.

—Sí. Vi el anuncio en las redes. Al principio, me pareció una locura, el nuevo sueño de un millonario megalómano, con un proyecto mitad *reality show*, mitad ciencia de suplemento dominical. Pero después, leí las bases. Eran sensatas. Y entonces, la idea apareciendo dentro de mí: “Ya que aquí no encajo, allá podría hacerlo”. Y de pronto, todo fue simple. Mandé mis datos. De los treinta y cinco mil que mandaron, sólo quedamos 136. Cuando fui seleccionada, pronto les avisé a mi familia y a mi novio... Bueno, no era realmente mi novio, habíamos terminado... Nos estábamos dando un tiempo...

—¿Y tu familia? ¿Cómo reaccionó?

—No me lo perdonaron nunca. ¿Irse? Era una señal de traición. ¿Por qué quieres dejar todo lo que tienes aquí, a las personas que te quieren y largarte para ir a morir a ese lugar con un grupo de desconocidos? Mi ex encontró un nuevo motivo para alejarse de mí...

—¿Y tú? ¿Qué le dijiste a tu familia?

—Que desde que había nacido, desde que yo podía recordar, sabía que mi lugar no estaba aquí, en la Tierra.

—¿Y cómo lo sabías? —Me inclino hacia adelante, interesado.

Ella mira hacia la ventana. Su voz se ha vuelto menos exacta. Parece añorar algo.

—Es difícil de explicar. Ves una película acerca del tema. Lees, te obsesionas, buscas títulos, fotos. Te sabes de memoria los nombres de los robots que han enviado: Sojourner, Spirit, Opportunity, Curiosity, Perseverance... Y comienzas a soñar. Por supuesto, sabes que es una obsesión, pero no puedes olvidarla. Miras a tu alrededor y la gente que te rodea está cansada, con miedo, sin poder moverse... La pandemia nos destrozó, nos irritó, nos hizo odiar... Todo se polarizó... Y yo no quería estar en ninguno de los polos, sino fuera. De pronto, esa imagen, la del círculo rojo, se convirtió en la meta, en la salida. Fue mi único pensamiento diario, persistente... Marte, Marte... Y la sensación de que allá había algo. Algo grande. Una clave, una respuesta...

—Bueno, las películas nos influyen y...

—No, no es eso —corta Estela—. No es que haya visto una película sobre Marte y haya querido ir. Era algo más.

—¿Algo más?

—Sí. Hablé con los otros... Todos habían sentido lo mismo. Conversando con mis compañeros... nos dimos cuenta de que era un sentimiento compartido. Todos habíamos recibido, de una u otra forma... “el llamado”.

—¿El llamado? —pregunto, sin saber mucho si es una metáfora o algo concreto.

—El llamado de Marte... Sólo que yo pensaba que era... un buen llamado. Pero no. —lanza una sonrisa triste—. La historia de mi vida.

Guardo silencio.

—¿Quieres agua? —le pregunto para darle la oportunidad de volver de donde sea que haya ido.

—Por favor. —Toda su atención parece concentrarse en el chorro de agua que cae en el vaso.

—Los accidentes ocurren, Estela. Ocurren una y otra vez. No porque un avión se caiga, la aeronáutica comercial debe ser condenada. Imagínate. Nadie volaría si...

—Es que en tu ejemplo yo soy una de las que van en el avión que se cae —interrumpe—. Y permíteme, pero tengo una opinión distinta. La gente me trata como alguien que no debería estar. Cuando volví a casa de mis padres... ellos ya... bueno, no tenían por qué haber conservado mi habitación intacta. ¿Recuerdas esa escena en *La naranja mecánica*? Me sentí igual. Llegar a una casa que crees tuya y ver que hay otra persona en tu lugar. Habían rentado mi habitación a un estudiante. Mi cama, mis cosas, ocupadas por alguien que podría haber sido yo... pero que no era.

—Te entiendo —la detengo—. Pero recuerda que... era un viaje sólo de ida. No puedes culparlos.

—Sí sé —dice ella—. Eso lo puedo entender. Pero no... su desconcierto. Al principio no sabían qué decirme... Se quedaban callados. ¿Qué se le pregunta a un marciano? ¿De verdad Marte es tan rojo? ¿Hay supertormentas? ¿Cuánto duran los inviernos? Pero después... las preguntas se agotan. Y luego vienen las otras. Las preguntas de la Tierra: ¿Qué es lo siguiente que vas a hacer con tu vida? ¿Por cuánto tiempo? ¿Es verdad que la Compañía te indemnizará para toda la vida? ¿Cuánto te dará? Junto con éstas, las terribles preguntas que

no se hacen, las que flotan en el aire, como globos cautivos. ¿Será ella mi hija o será una suplantadora? No es como era antes... Y lo siguiente es que mis padres ponen el seguro en su puerta cuando se van a dormir.

Estela respira, agitada. Coloca el vaso sobre la mesa, casi sin tocarlo.

—Incluso tú mismo, Román, —dice y sus ojos parecen enfocarme nuevamente—. La Compañía te contrató para que detectes si nos volvimos locos o si haremos algo estúpido. Somos una presencia incómoda, ¿no? Por eso nos evalúas cada semana... Para ver si hay algo nuevo que indique el momento en que todos nosotros... ¡pummm!, estallaremos, o haremos estallar el planeta o algo así.

Muevo la cabeza negando.

—Estela, estás leyendo mal —aclaró—. Intento que se sientan apoyados. La re inserción —después de un evento como el que vivieron ustedes— es un misterio. Tienes que entender que son los primeros humanos en vivir algo así. Para esto no hay guías ni protocolos.

Entonces, Estela se levanta y camina hacia la ventana. La luz remarca su silueta.

—No —dice—. Supongo que nadie sabe qué hacer en estos casos.

De pronto se vuelve hacia mí.

—¿Y tú, Román? ¿Has sentido “el llamado”?

—¿Yo? —Trago saliva—. ¿Qué quieres decir?

—Sí. Estás aquí, intentando comprender lo que nos sucedió y eso no es porque sí ni por un capricho fortuito. Si

algo aprendí allá arriba, es que nada sucede por casualidad. Sólo falta raspar un poco la primera capa de eventos visibles y te encontrarás frente a la verdadera cadena de causas. Y tengo curiosidad: ¿Has sentido el llamado? ¿O también has vivido la sensación de que eres un número sobrante?

—No lo he pensado.

—Deberías. Puede que te encuentres con sorpresas, —repite Estela con firmeza—. Pero te agradezco algo. Has sido la única persona, desde que volví, que no lo ha preguntado.

—¿Preguntar qué, Estela?

—Ya sabes, la gran pregunta. Qué pasó realmente allá arriba.

—Sólo cuando estés lista, Estela —aclaro.

—No —replica ella, sorprendidamente—. No, Román. Cuando tú estés listo. Sólo ahí yo te contaré lo que pasó ese día rojo.

—¿Ese día rojo?

—Ese día en el que —de los 136 que partimos—, sólo regresamos 23. Los detalles de lo que ocurrió. Pero aún no estás preparado. Nosotros tampoco lo estábamos.

—¿Preparados para qué, Estela?

—Preparados para entender qué pasó en Marte, por qué hicimos lo que hicimos... Y lo más importante... Por qué y para qué volvimos...

El silencio se apropia de la habitación y sólo queda el sonido del metrónomo llenándolo todo.